

Huyssen, Andreas, (2002) *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*, México, FCE, 284 páginas.

*Patricia Funes*

*Instituto de Investigaciones "Gino Germani".*

*Universidad de Buenos Aires / Comisión Provincial por la Memoria*

La entidad y densidad de la temporalidad contemporánea, el *boom* de la memoria, los usos públicos, políticos y comerciales de ese *memorialismo*, y las relaciones entre esos datos construidos como problema, son algunas cuestiones que Andreas Huyssen aborda en estos ensayos, con una agudeza crítica notable, no desprovista de provocación, sutileza y, en cierto sentido, optimismo.

Huyssen señala que esa preocupación central por la memoria en la cultura y la política desde los años ochenta es un vuelco hacia el pasado que contrasta con la tendencia a privilegiar el futuro, tan característica de la modernidad. El crítico alemán (profesor en la Universidad de Columbia desde hace muchos años) se propone explicar los significados de ese deslizamiento del *futuro-presente* al *pasado-presente* que parece anegar las sensibilidades occidentales. Su objetivo dista de ser nostálgico, quizás sea su fórmula para buscar ese "futuro perdido" del que nos habla el título del libro.

La pulsión memorialista se activó en Europa y en los Estados Unidos en la década de 1980 por el debate sobre el Holocausto y por los cuadragésimos y quincuagésimos aniversarios de simbólica carga política y masiva cobertura mediática (el ascenso de Hitler al poder en 1933, recuperado en 1983; la *Kristallnacht*, conmemorada en 1988; la conferencia de Wannsee de 1942, en 1992; la invasión de Normandía en 1994, y el fin de la Segunda Guerra Mundial, evocado en 1995. Sumado al debate de historiadores en 1986, la caída del Muro de Berlín en 1989 y la reunificación en 1990 (p. 15). Su lectura a través del prisma de los genocidios en Ruanda, Bosnia y Kosovo refuerza la globalización del discurso del Holocausto. Entre “nosotros” la invocación al pasado deriva de otras urgencias. En Chile o Argentina, por caso, la lucha por la interpretación del pasado es un apéndice resistente ante la pretensión del poder por cerrar el largo y dramático capítulo del terrorismo de Estado.

Es decir, la expansión geográfica de la cultura de la memoria es tan ancha como diversos son sus usos políticos, que abarcan –según el autor– desde la movilización de pasados míticos como acicate a las políticas chauvinistas o fundamentalistas (por ejemplo, la Serbia poscomunista, el populismo hindú en la India) “hasta los intentos recientes en la Argentina y en Chile de crear esferas públicas para la memoria “real”, que contrarresten la política de los regímenes posdictatoriales que persiguen el olvido a través tanto de la “reconciliación” y de las amnistías oficiales como del silenciamiento represivo” (p. 20).

Memoriales, espacios urbanos enteros “museificados”, CD-Rom, páginas WEB, canales de televisión, modas *retro*, proponen paseos casi hipnóticos por una mirada de escenas de un pasado multiplicado geoméricamente. Soportes que no sin vanidad pretenden almacenarlo y reproducirlo en su totalidad, cuando no en su “autenticidad”. De allí que el autor se pregunte francamente si una vez que haya pasado el *boom* de la memoria, existirá realmente alguien que haya recordado algo. “El giro hacia la memoria y hacia el pasado conlleva una enorme paradoja. Cada vez más, los críticos acusan a la cultura de la memoria contemporánea de amnesia, de anestesia u obnubilación. Le reprochan su falta de capacidad para recordar y lamentan la falta de conciencia histórica. La acusación de amnesia viene envuelta invariablemente de una crítica a los medios, cuando son precisamente esos medios [...] los que día a día nos dan acceso a cada vez más memoria. ¿Qué sucedería si ambas observaciones fueran ciertas, si el *boom* de la memoria fuera inevitablemente acompañado por un *boom* del olvido? (p.22).

Huyssen se sumerge en el fenómeno con un archivo analítico que dialoga activamente con referencias clásicas de la crítica a la modernidad, modernas o posmodernas. No comparte la traslación de la ácida crítica de Adorno sobre la industria cultural a la industria de la memoria y tampoco la confianza de Benjamin en el poder emancipatorio de los *nuevos* medios. Asimismo, discrepa con los análisis de la crítica conservadora sobre la “función reparatoria o compensatoria” de la memoria en la modernidad. Por ejemplo, el análisis de Hermann Lübbe que podría enunciarse “entropía del pasado *vs.* musealización compensatoria”, a su juicio, una explicación “demasiado simple e ideológica”: “ese postulado no logra reconocer que cualquier tipo de seguridad que pueda ofrecer el pasado está siendo desestabilizado [...] siempre corre el riesgo de perder su capacidad de garantizar una estabilidad cultural a lo largo del tiempo” (p. 33).

Los diez ensayos (de distinta procedencia, reunidos por primera vez en un libro traducido al español) están agrupados en cuatro partes. Los títulos de los apartados, dan cuenta del itinerario explicativo (I *Memoria: global, nacional, museológica*. II. *Holocausto: imagen, cómic, monumento*, III. *Espacio urbano y temporalidad*. IV. *Utopías del pasado, recuerdos del futuro*).

Su argumentación apela frecuentemente a la paradoja y a la dialéctica. Enhebra las tensiones no unívocas en las relaciones entre memoria global y local, entre “memorias imaginadas” y “memorias reales”, entre *marketing* e historicidad, entre pasado y presente y, más centralmente, entre memoria/s y olvido/s. Sin embargo el análisis rehuye de proposiciones monolíticas, reduccionistas o binarias. Así, formula un conjunto de preguntas procedentes y estimulantes que iluminan un campo de problemas nada dóciles.

Por ejemplo, en la relación entre mundialización y “localización” sostiene que el surgimiento del Holocausto como *tropos* universal permite su traslación a situaciones específicamente locales, lejanas en términos históricos y diferentes en términos políticos respecto del acontecimiento original. El Holocausto, entonces, pierde su especificidad histórica y empieza a funcionar como una metáfora de otras historias traumáticas y de su memoria. Huyssen advierte que si bien ese movimiento puede activar en términos retóricos determinados discursos sobre la memoria traumática, también pueden bloquear la comprensión sobre las historias locales específicas (pp. 18-19).

Sus explicaciones parten de una reconsideración del carácter de la temporalidad contemporánea “que se produce, fundamentalmente, a través de la compleja interacción de fenómenos tales como los cambios tecnológicos, los medios de comunicación masiva, los nuevos patrones de consumo y la movilidad global

(p. 29). Relaciones complejas que entrelazan tiempo y espacio: “aquello que desde una perspectiva parece la abrumadora victoria del presente modernizador sobre el pasado, desde otro punto de vista puede ser considerado una entropía del espacio ocupado por el presente” (p. 154).

Esa “estructura de sentimiento” de la temporalidad habilita a sanciones menos duras sobre los soportes y las ansiedades memorísticas presentes. En esa dirección, Andreas Huyssen confía en una dimensión benéfica y productiva de la memoria. “Por mucho que nuestra preocupación por la memoria sea un deslizamiento de nuestro miedo al futuro, y por más dudosa que nos pueda resultar hoy la proposición que afirma que podemos aprender de la historia, la cultura de la memoria cumple una importante función en las actuales transformaciones de la experiencia temporal que ocurren como consecuencia del impacto de los nuevos medios sobre la percepción y la sensibilidad humana.” (p. 31).

Una de sus hipótesis al respecto es que “intentamos contrarrestar ese miedo y ese riesgo del olvido por medio de estrategias de supervivencia basadas en una “memorialización” consistente en erigir recordatorios público y privados. El giro hacia la memoria recibe un impulso subliminal del deseo de anclarnos en un mundo caracterizado por una creciente inestabilidad del tiempo y por la fracturación del espacio en que vivimos. Al mismo tiempo, sabemos que incluso este tipo de estrategias de memorialización pueden terminar siendo transitorias e incompletas...” (p. 24).

Ese proceso de interacción, negociación y diálogo entre memoria “mercancía”, “espectáculo”, y sus recepciones indómitas, atraviesan la ingeniosa interpretación de Huyssen. Refiriéndose a los museos, por ejemplo, encuentra una reconciliación ente “musas y masas” y desvela ese carácter dialógico. El museo puede servir como “cámara sepulcral del pasado” y “como sede de posibles resurrecciones”: “por mucho que el museo, consciente o inconscientemente, produzca y afirme el orden simbólico, hay siempre un excedente de significado que sobrepasa las fronteras ideológicas establecidas, abriendo espacios a la reflexión y la memoria antihegemónica” (p. 45).

Con valor crítico, Huyssen aborda el problema de la “representabilidad” del Holocausto escogiendo expresiones estéticas diversas sin caer en el fácil atajo de su consideración como “alta cultura”/cultura de masas, Hollywood/Europa (*Shoa* o *Schindler*). Afina al máximo sus instrumentos analíticos en el tratamiento de los museos, del cómic o de las macroinstalaciones. Elige abordar artesanalmente esa “representabilidad” en producciones monumentales o en los “vacíos” urbanos y no se deja seducir por lo aparente.

Andreas Huyssen confía, sin inocencia, en el monumento, el memorial y el museo. Sugiere y fundamenta que puedan fungir como aquello que Kafka esperaba de la literatura: que debía ser el hacha que impidiera que el lago congelado que llevamos dentro de nosotros, se hiele. “En la memoria congelada el pasado no es sino pasado. En cambio, la temporalidad interna y la política de la memoria del Holocausto, aunque hablen de tiempos pretéritos, deben estar orientadas hacia el futuro. El porvenir no habrá de juzgarnos por olvidar, sino por recordarlo todo y, aún así, no actuar en concordancia con esos recuerdos” (p. 166).

Los textos cálidos y perspicaces de Andreas Huyssen invitan a una reflexión desafiante (en una traducción muy amigable), nos proponen interacciones dinámicas y desafíos polémicos. Nos “descongelan” e instan a repensar. Más “íntima” o “domésticamente” despiertan un “alerta” metodológico e interpretativo sobre nuestros supuestos y prácticas. Nos dejan mil preguntas y algunas, pero más sólidas, certezas sobre nuestras opciones.